
Hacia un psicoanálisis *queer*

Entrevista a Fabrice Bourlez¹

Mickaël Tempête

Traducción: carlos arévalo plá
Marcelo Real



Jean Cocteau, detalle de *Antígona*

“Es fundamental que el sujeto se tome el tiempo para desatar los hilos de su goce.”

Los movimientos políticos *queer* siempre han mantenido una relación ambigua con el psicoanálisis. Sea Teresa de Lauretis, Judith Butler, Eve Kosofsky Sedgwick, Gayle Rubin, Leo Bersani, Lee Edelman o incluso Paul B. Preciado, por mencionar solo a los ensayistas más conocidos, todos han involucrado lecturas psicoanalíticas dentro de sus propios campos de investigaciones para perfilar y problematizar las subjetividades *queer*.

Sin embargo, para lograr usar al psicoanálisis en favor de una emancipación sexual, fue necesario enfrentarse con las concepciones más autoritarias y conservadoras de la disciplina freudiana.

En octubre de 2018, Fabrice Bourlez publicó *Queer psychanalyse, Clinique mineure et déconstructions du genre*², una obra que permite actualizar lo que está en juego en

¹ N. de T.: « Vers une psychanalyse queer - entretien avec Fabrice Bourlez », publicada el 28 de noviembre de 2020 en la revista *Trou noir. Voyage dans la dissidence sexuelle*, n° 9, disponible en: <http://trounoir.org/?Vers-une-psychanalyse-queer-Entretien-avec-Fabrice-Bourlez>

² N. de T.: En español, Fabrice Bourlez, *Queer psicoanálisis/Queer psicoanálisis. Clínica menor y deconstrucción del género*, Ed. Artefactos, Bs. As., 2021.

una escucha atenta a nuestros deseos sin dejar de cuestionar las implicancias políticas de las transformaciones de las nociones actuales de género y sexualidad.

Les proponemos leer esta entrevista, realizada durante el confinamiento de noviembre de 2020 en Francia que, principalmente, versa sobre la importancia del descubrimiento del inconsciente, la práctica de una clínica menor dirigida hacia las minorías, la noción de safe³, la homofobia y la transfobia y, por último, sobre la infancia.

Trou Noir: En *Psicoanálisis queer* subrayás la importancia del psicoanálisis a la hora de pensar nuestras luchas actuales, sobre todo ya que, para vos, el descubrimiento del inconsciente y la libido fue un primer paso decisivo hacia “la abolición del género en la sociedad”, pero añadiendo en contrapunto que el psicoanálisis también ha faltado a la cita con las experiencias de liberación de los movimientos LGBTQI+. ¿Podés volver sobre el momento del descubrimiento del inconsciente y la libido y explicar en qué medida éste participa en la abolición del género?

Fabrice Bourlez: ¡Voy a comenzar respondiéndote con otro libro que no es mío! Hace ya unos quince años, en *Teoría queer y psicoanálisis*⁴, Javier Sáez hablaba de las teorías *queer* como el “tacón de Aquiles”⁵ del psicoanálisis. Según el sociólogo español, los dos campos disciplinarios son irreconciliables. En ambos casos, se trata efectivamente de lo “sexual” (aunque sea complicado captar exactamente lo que abarca esta palabra) pero se lo abordaría de manera radicalmente distinta si se es *queer* o si se es psicoanalista.

La revolución *queer*, sus luchas contra las desigualdades, las opresiones y las discriminaciones que viven a diario todas y todos aquellos que pertenecen a los llamados márgenes de la sexualidad, escaparían por completo a las personas que se dedican a la práctica del inconsciente. *Queer* y psi no hablarían la misma lengua.

Bueno, resulta que mi oficio es el de psicoanalista. Ha sido mi práctica desde hace mucho tiempo. Me formé en la universidad, en escuelas de psicoanálisis, en el trabajo de campo, en instituciones del ámbito de la salud mental y en el consultorio. Pero también resulta que soy marica. Esto implica otras prácticas, desde hace tiempo también... Así que pensé que, de una manera u otra, en vez de ver a estos tacones de Aquiles como algo que marcaría una impotencia, un punto de desencuentro, una imposibilidad de vivir o de pensar, un asunto a no tener en consideración, quizás sería más interesante calzárselos y ver qué pasa desde un punto de vista epistemológico y clínico.

Así pues, es a partir de este enfoque exageradamente oscilante, desde estos tacones de Aquiles, con un pie en la enseñanza de Freud y Lacan, y el otro disparándole al hormiguero hetero junto con Butler, Sedgwick y Wittig, es en el *après-coup* de un recorrido reflexivo y comprometido que veo al psicoanálisis y al descubrimiento del inconsciente como un “primer paso” decisivo en la abolición del género en la sociedad.

Por supuesto, pensamos *a priori* que “Como lo describe Michel Foucault en *La voluntad de saber*, el psicoanálisis es, en materia de sexualidad, una especie de controlador de las prácticas. Es un normalizador de primera categoría que inscribe el saber extraído del inconsciente directamente en la biopolítica. La práctica psicoanalítica refleja la manera en que el poder se inscribe directamente en la vida de nuestros cuerpos y de nuestras psiquis. El dispositivo de la sexualidad con sus instituciones, sus normas, sus saberes, sus

³ N. de T.: *Safe*, en inglés, significa seguro, a salvo.

⁴ N. de T.: Javier Sáez, *Teoría queer y psicoanálisis*, Editorial Síntesis, Madrid, 2004.

⁵ N. de T.: Sáez escribe “tacón” en lugar de “talón”.

consejos, sus representaciones, sus gestos, sus prohibiciones, sus discursos, encuentra su apogeo con el descubrimiento del inconsciente freudiano. Y desde entonces, asistimos de manera repetida y persistente a la patologización de las prácticas que no se ajustan a un ideal de sexualidad reproductiva, monógama, útil para la sociedad capitalista. Es evidente cómo los actos homosexuales han sido transformados con ‘Doña psicoanálisis’ en cuadros psicológicos, en rasgos de perversión. Es insoportable cómo les transexuales han sido, y lo siguen siendo muy a menudo aún hoy en día, juzgades como psicóticos por el campo psi. En fin, el psicoanálisis en su forma de relacionarse con el lenguaje, en su forma de definir a las personas y articular los conceptos, se inscribe en un momento del saber, en una epistemología, básicamente en las antípodas de las liberaciones defendidas por les *queer*.” Tenemos aquí un primer punto de vista muy crítico en cuanto al psicoanálisis. Con Foucault, historizamos el saber extraído del inconsciente. Cuestionamos su dimensión política. Este enfoque me parece tan necesario como salvador. Hace que no pienses que, por ser psi, serías poseedor de un conocimiento absoluto, fuera de la realidad, impermeable a cualquier inscripción histórico-social.

Pero, siempre desde mis tacones de Aquiles, también he aprendido, a lo largo de los diferentes momentos y lugares de mi recorrido –estoy pensando tanto en mi análisis personal como en las personas que he podido acompañar en calidad de clínico, sea en una institución o en el consultorio– pues bien, he aprendido que el hecho de decir, de ir a contarle lo que sea, una palabra, un sueño, un enojo, una duda, un recuerdo, a una persona que no conoces, que no te responde demasiado, que sin embargo escucha tu decir, que te ayuda a captar el lugar desde el que decís las cosas y que te remite a lo que decís con su simple presencia; he aprendido que todo esto hace que la existencia se vuelva mucho menos pesada. Comprender los determinantes sociales de lo que se vive cambia la vida. Pero también cambia la vida captar cómo, dentro de estos determinantes sociales mismos, cada uno ha trazado un recorrido único, ha evolucionado de acuerdo a un trayecto singular, ha experimentado un sentir diferente. Es obvio, por ejemplo, que el insulto y el estigma marcan y forman los cuerpos de las subjetividades LGBTQI+, pero cada vez hay diferencias que te han constituido de manera única. Sin duda, todes hemos crecido en familias, escuelas, lugares de socialización que en su mayoría son, en el peor de los casos, abiertamente homofóbicos, y en el mejor, heteronormativos. Pero cada uno de nosotres ha recibido, integrado y subjetivado este estado de cosas de manera diferente. Los insultos que hemos escuchado suelen ser los mismos, los momentos en los que nos habrán hecho llorar y en los que nos habrán hecho enfurecer varían de un caso al otro. El espacio de la experiencia analítica está ahí para escuchar de manera diferente lo que nos ha constituido, lo que nos ha dado miedo, lo que nos ha hecho reír o llorar. En un psicoanálisis, es cierto, uno no milita por ideales políticos o sociales, pero encuentra ahí un poco de potencia para actuar sobre su propia historia, sobre sus propios traumas. Uno se da cuenta de que el Otro familiar, social, lingüístico, ha tenido efectos sobre nosotros, ha dado forma a nuestros miedos, nuestros deseos, nuestros sufrimientos, nuestras expectativas... Me parece que también podemos tratar de deshacernos de estos efectos de otra manera que a través de la militancia. Ver cómo en nuestra vida no todo lo hemos decidido, cómo hemos respondido, de manera subjetiva, a lo que el Otro ha dicho de nosotros, accediendo a ello por la vía de la asociación libre, los sueños, los recuerdos, el relato repetido de ciertos traumas, todo esto también ha sido la apuesta de Freud. Cuando admitimos la hipótesis del inconsciente, admitimos que no tenemos el control sobre todo lo que nos ocurre. Y pensamos que, pasándolo al relato, podremos captar un poco mejor lo que se nos escapa

a veces de forma sistemática. En definitiva, poner en palabras lo insoportable para intentar afrontarlo, puede ayudarte a sobrellevar mejor la existencia.

Presentado como un trabajo sobre la singularidad más extrema de cada uno y sobre la manera en que cada quien se puede reapropiar de trozos de su historia para hacerla soportable, el dispositivo de la cura analítica no me parece que tenga mucho que ver con el género. En todo caso, ya no estamos tanto del lado de la biopolítica, de las normas que se aplican a todos. Más bien tomamos la cosa al revés: del lado del sujeto. Un pequeño y modesto primer paso. Es cierto.

¿Cómo analizás esta brecha entre el análisis foucaultiano de lo biopolítico y el psicoanálisis? ¿Es posible hacer algo con esta brecha [écart]?

Fabrice Bourlez: En el fondo, al avanzar sobre estos tacones de Aquiles, no se camina ni al ritmo de la biopolítica, ni al de las escuelas psicoanalíticas. ¡Se baila entre los dos! Se intenta una especie de *grand-écart*⁶ insostenible y agotadora en la que se intenta unir los dos enfoques. No se trata de reducir lo *queer* a una posición de enunciación que vendría a corregir ciertos puntos retrógrados del psicoanálisis. Pero tampoco de reducir el psicoanálisis a una vieja y cansada pitonisa convertida en guardiana de la moral mojígata. Seamos psi o *queer*, en ambos casos hemos de lidiar con conceptos, pero también con prácticas comprometidas con lo real de la vida. Para mí, reflexionar en grupo sobre lo intolerable, militar, manifestar, ocupar la calle, es tan necesario como tener el coraje para reunirse con alguene, para escucharle cada semana, para afrontar sesión a sesión el desasosiego, el dolor de existir, la angustia, lo imposible de soportar. Hay enemigos externos, batallas que librar e ideas que deconstruir. Estoy convencido de ello. Pero me parece que también tenemos enemigos internos –una mirada que alguien te ha lanzado, una historia sobre vos que alguien ha contado, un apodo que alguien te ha puesto, un animal de compañía que perdiste de niño, un padre demasiado cariñoso, una madre ausente... – e imágenes de nosotres mismos, representaciones de nosotres mismos que nos estorban y contra las que igualmente sirve luchar. Lo que está en juego, en cada caso, es hacer que la vida sea un poco menos insoportable.

Así pues, al revisitar la ética del psicoanálisis a través de los cuestionamientos *queer*, me parece que podemos reconectar efectivamente con el filo del descubrimiento freudiano que, sin duda, ha sido olvidado con demasiada frecuencia en los escritos y los posicionamientos del campo psi. ¡Afortunadamente, los *queer* han interpelado a los psicoanalistas para despertarlos! A la vez, creo que las formas de ayuda mutua, de amistad, de apoyo, los lazos de militancia, las consignas gritadas a coro hacen que uno se olvide de la soledad que se puede encontrar a veces luego de haber gritado en las barricadas o incluso después de haber estado de fiesta toda la noche. El espacio de análisis también permite recuperar el aliento cuando uno está agotado.

Además, después de todo, al leer *Tres ensayos sobre teoría sexual*, para Freud tanto la homosexualidad como la heterosexualidad son problemáticas. Son las vías del deseo las que hay que cuestionar más que la eventual orientación o identidad sexual. Para Freud, el objeto de la pulsión no es objeto ni de una necesidad, ni de un instinto natural. Es un objeto que constantemente es buscado, y del que no se puede prescindir. Lo sitúa en el límite entre el interior de nuestro cuerpo y de nuestro entorno: en definitiva, un compuesto de cuerpo y de cultura. Este objeto supuestamente nos proporciona el mayor placer, a

⁶ N. de T.: En danza, apertura de piernas.

veces incluso demasiado. Freud nos dice que no hay nada más plástico que este objeto, nada menos conforme a cualquier orden social, nada más reacio a cualquier educación para ser niña o niño. Cuando Freud afirma que somos perversos polimorfos, no está diciendo otra cosa: nuestra libido, llena de objetos pulsionales, nuestra vida onírica y nuestra vida sexual no son esencialmente hetero. Están llenas de fantasías extrañas, de apetencias proscriptas, de deseos prohibidos. En resumen, en lo que respecta a lo sexual, cada uno tiene su propia forma de andar mal. Ahora bien, si se piensa que todo esto lo escribió a principios del siglo XX, adquiere otro relieve. Incluso es bastante “proto-*queer*” pensar que lo que impulsa al sujeto humano en su búsqueda de placer varía para cada uno, es insaciable y no puede justificarse a los ojos de ninguna moral.

Pensadores como Gilles Deleuze, Félix Guattari y Gayle Rubin han tratado de reactivar el potencial subversivo del psicoanálisis deshaciéndose de la centralidad del Edipo y, por tanto, de su dimensión conservadora y burguesa. Esta es la oposición entre “clínica menor” y “clínica mayor”.

¿Cómo sería una clínica mayor, es decir, conservadora, en el panorama psicoanalítico francés actual?

Fabrice Bourlez: No quiero decir cuáles son los psi buenos y cuáles los malos, quiénes los más reaccionarios y quiénes los menos.

Esto es fácilmente comprobable al leer sus declaraciones en los periódicos o sus trabajos escritos, algunos particularmente nauseabundos cuando se votó el Matrimonio igualitario⁷. Algo así sucede cada vez que la unidad familiar se ve transformada (PACS⁸, PMA⁹, GPA¹⁰...) o cuando las identidades de género son oficialmente reformuladas fuera del binarismo hombre/mujer. Sistemáticamente, encontras personas que hacen declaraciones conservadoras en nombre de su disciplina. De hecho, esto abarca una buena parte del ejercicio mayoritario, normativo y prescriptivo del psicoanálisis. Pero, en realidad, también hay filósofos, cineastas y escritores muy conservadores y, sin embargo, eso no pone en duda toda la historia de la filosofía, el cine o la literatura.

Si contrastamos clínica mayor y clínica menor, hay que tener en cuenta cuatro distinciones. En primer lugar, se debe saber que esta distinción proviene de la lectura realizada por Deleuze y Guattari de los textos de Franz Kafka. Kafka era judío, checo y escribía en alemán. Su manejo de la lengua es minoritario: el alemán no es su lengua materna. Es imposible que Kafka escriba “como se debe”. Pero también es imposible que no escriba. Deleuze y Guattari nos dicen que este es el problema de todas las minorías, de todas las personas descendientes de inmigrantes. Nos enfrentamos a una lengua que no hemos elegido. Y como nos es ajena [*étrangère*], nos la podemos apropiarse hasta el

⁷ N. de T.: *Mariage pour tous*, vigente en Francia desde el 2013.

⁸ N. de T.: El pacto civil de solidaridad (en francés, *pacte civil de solidarité*, abreviado como Pacs o PACS) es, junto con el matrimonio civil, una de las dos formas de unión civil admitidas en el Derecho francés. Establecido desde el 15 de noviembre de 1999, el Pacs es un contrato establecido “entre dos personas mayores de edad, de sexo diferente o del mismo sexo, para organizar su vida en común. Crea derechos y obligaciones para los contrayentes, en particular ‘ayuda mutua y material’”. Para poder firmar un Pacs, las partes deben ser mayores de edad, no tener otro Pacs vigente ni estar casados, y no tener parentesco con el otro firmante.

⁹ N. de T.: Reproducción asistida (*procréation médicalement assistée*, es decir, procreación médicamente asistida, PMA).

¹⁰ N. de T.: La gestación para otro (*gestation pour autrui*, GPA) se conoce, en español, como gestación subrogada o vientre de alquiler.

punto de renovarla, de reinventarla y de hacer que en ella se escuchen cosas hasta entonces inauditas. Me parece muy útil tener esto en mente cuando nos sentimos oprimidos por ciertas afirmaciones, ciertos diagnósticos, ciertas interpretaciones de la lengua psicoanalítica. Puede que hablemos esta lengua con un poco menos de seguridad que la de los grandes maestros que manejan todos los matices y todas las figuras de la lengua oficial, mayoritaria. Kafka excava una nueva lengua en el alemán y revoluciona su sonoridad. Uno ya no se halla en esa lengua. Uno ya no se reconoce en ella. ¡Y eso es una oportunidad! En segundo lugar, como lo señalabas, esta nueva forma de relacionarse con la lengua se deshace del Edipo. En cualquier caso, ya no es un pasaje obligado para estructurar el deseo, ni tampoco para estructurar nuestra enunciación. Es cierto, el modelo edípico ha servido para asentar la familia pequeño burguesa papá-mamá-bebé. Y, a las claras, este modelo no se aplica de forma atemporal y universal. Es muy anacrónico hoy en día exigir un padre y una madre para el bienestar del niño en nombre de no sé qué psicología del desarrollo. En fin, los psi no están para regular la forma en que las personas se aman y forman una familia.

Pero, como vos sabés, Edipo es más que Freud: ¡es el modelo trágico por excelencia en la *Poética* de Aristóteles! Por lo tanto, no solo quedamos atrapados con Edipo en un imaginario familiar, sino que toda la historia de la literatura, desde el análisis realizado por Aristóteles, procede en cierto modo de los versos de Sófocles. El Edipo es algo simbólico, es estructura, modela, recubre todo el zumbido de las máquinas deseantes para colonizar el lenguaje de su drama familiarista. Y, a pesar de todo, fracasa por todas partes: Artaud, Woolf, Pasolini, Wittig, por nombrar solo algunos de quienes son especiales para mí, deshacen la literatura edípica, la modifican, la socavan. Cada uno de sus textos tira una bomba.

En tercer lugar, una clínica menor trabaja orientada hacia las minorías. Es decir, ya no se piensa a sí misma a partir del centro, de la referencia a la norma. Habla con los márgenes para darse cuenta de que una cartografía de los cuerpos y los deseos siempre puede volver a ser dibujada según nuevos contornos. Sin embargo, el hecho de que la clínica ya no crea en el Edipo no es suficiente para que se convierta en una clínica menor. Sin duda, es posible que uno no sea homófobo pero siga siendo completamente heteronormativo. Hay un trabajo de conexión, de hibridación, de transformación de la posición de enunciación y del lugar que uno ocupa, que opera en el pasaje de una clínica mayor a una menor. En pocas palabras, lo menor es lo que sitúa la clínica. Lo mayor la trasciende y la universaliza. Me parece que hay todo un esfuerzo de politización, de reflexión en torno a la génesis de los conceptos, de los silencios y de los presupuestos psicoanalíticos que permite conectar la práctica del lado de lo minoritario sin que recupere ningún ideal comunitarista¹¹ cerrado. No abogo por un análisis de lo idéntico por parte de lo idéntico. De hecho, el inconsciente no funciona sino a través de las diferencias y las alteridades. En fin, en cuarto lugar, hacer resonar la clínica en modo menor es simplemente, por un lado, escuchar los discursos de las minorías, pensar que sus críticas al psicoanálisis nos permiten volver a reflexionar sobre nuestra forma de trabajar, sin dar por sentado los conceptos demasiado rápido. Dicho esto, en realidad creo que, de hecho, esto se aplica tanto al psicoanálisis como a les *queer*. Se trata de no creer demasiado categóricamente en las definiciones ya dadas, de no recitar excesivamente nuestro *credo* sin cuestionar los pros y los contras. Esto se aplica a los conceptos metapsicológicos. Pero incluso, ¿no es Butler la que afirma, a propósito de lo *queer*, que un día quizá haya que volver a

¹¹ N. de T.: En el debate actual, el término “comunitarismo” refiere a toda forma de autocentramiento de un grupo religioso y/o étnico que valoriza sus diferencias respecto al resto de la sociedad.

cuestionar ese concepto ya que está demasiado de moda, repetido, trillado...? Me parece que lo mayor apunta a preservar la lengua, lo establecido, las certezas. El uso menor de una disciplina es una licencia para inventar.

Vos decís que el psicoanálisis no debe “apuntar al bien del paciente sino a su deseo y a su goce”. ¿Podés desarrollar esta visión del psicoanálisis que defendés, quizás empezando por definir la noción de goce?

Fabrice Bourlez: La noción de goce proviene de una distinción hecha por Lacan, al releer a Freud. Esquemáticamente, Lacan hace una distinción entre deseo y goce. El deseo de un sujeto es lo que lo mantiene vivo, lo impulsa, lo hace mover montañas. El goce, según Lacan, no se reduce al placer que puede derivarse de un acto sexual, sea el que sea, ni a la manera con que a veces se lo ha entendido como “pequeña muerte”. En este sentido, el goce corresponde más bien a lo que se situará más allá del principio de placer, y te das cuenta de que al decir “más allá”, hay una dimensión de exceso. Freud, luego Lacan, consideran que hay una tendencia al deseo en el ser humano, pero que también hay una tendencia, cuando menos curiosa, ¡a repetir experiencias de displacer y a sacar de ellas una cierta satisfacción! Así que, en relación con el ideal del bien, de lo bueno, de lo verdadero, esto cambia bastante las cosas. Apuntar al deseo y al goce significa intentar orientar el trabajo, por un lado, hacia lo que estorba al sujeto y le impide vivir una vida deseante y, por otro, hacia lo que lo puede ayudar a poner un poquito el límite a sus excesos. Pero esto, insisto una vez más, no debe confundirse con la moral o los valores. Lo que ocupa el lugar del goce en una puede corresponder en otro a un horizonte de deseo. La perspectiva de deshacerse de un ideal de vida, que debería ser bueno o correcto para acercarse, caso por caso, a lo que más le conviene a la persona con la que uno se encuentra, constituye un norte ético bastante importante. Esto despsicologiza lo que está en juego: no sé qué es lo correcto para una persona. Por otro lado, me parece que se pueden escuchar los pasajes que un sujeto no deja de recorrer a pesar de él mismo, ella misma, sí misma... Destacar esos momentos en los que es demasiado, en los que es más fuerte que uno. Señalar esos espacios y esos tiempos que, de tanto repetirse, acaban por saturarnos, por hacernos sufrir. Y, del mismo modo, me parece fundamental trabajar en sentir el deseo que se apodera de nosotros, que nos da alas, que nos trae un poco de alegría, a pesar de la cotidianidad, de las injusticias, de las discriminaciones. Así, nos deshacemos del bien que valdría de manera universal e intentamos apuntar a lo más singular: tanto lo que oscurece la vida como lo que le abre horizontes inéditos.

¿Puede un psicoanálisis menor, que lidia con el goce, ser *safe*?

Fabrice Bourlez: De hecho, aquí hay una pequeña paradoja. Históricamente, un espacio *safe* se refiere a un lugar donde nos reunimos sin temor a recibir un ataque. Un lugar protegido donde la comunidad LGBTQI+ puede pensar y sanar. Allí se respira sin miedo a ser desposeídas de nuestra voz, sin temor a ser estigmatizadas por tal o cual práctica o comportamiento. Estos lugares son necesarios.

Pero la paradoja consiste en que, en el fondo, hablar para encontrarse con su deseo y lidiar con su goce, que es el objetivo de un análisis, no es un ejercicio estrictamente *safe*.

Me parece que hay algo peligroso en el hecho de considerar los propios sueños, los síntomas, los lapsus... Hay algo arriesgado en el hecho de cercar el propio goce. La primera indicación de Freud sobre el desarrollo de una cura es: “diga lo que se le ocurra”.

La libre asociación no tiene frenos. Y nuestras palabras suelen ser mordaces hacia nosotros mismos. No siempre es fácil darse cuenta de lo que valoramos y cómo lo valoramos. ¿Es *safe* mirar las propias mezquindades, las pequeñas bajezas, revelar los pequeños secretos vergonzosos? No, ciertamente no.

Por lo tanto, creo que el consultorio debe ser un lugar *safe* donde todos se puedan arriesgar a encontrar las palabras que permitan aliviar el peso del *ser* para llegar a *devenir*. Para ello, a veces, nos enfrentamos a lo más repugnante de nosotros. Por lo tanto, cuando uno es psicoanalista, por una parte, tiene que deshacerse de la suma de sus prejuicios, como ya decía Lacan. Eso hace que el espacio se vuelva, a pesar de todo, un tanto *safe*. Y, por otro lado, se trata también, y sobre todo, de hacer prueba de la más grande prudencia. La clínica menor mina la mayor, por supuesto. Pero tampoco se trata de hacer estallar las minas que llevamos dentro de nosotros mismos dando a todos los botones martillazos y de cualquier manera. En otras palabras, es fundamental que el sujeto se tome el tiempo para desenredar los hilos de su goce, de su deseo y de su historia personal y social, desactivando esas minas poco a poco...

Desde hace algunos años asistimos a la emergencia (reiterada) de una homofobia y una transfobia cada vez más descaradas y brutales. ¿Creés que el psicoanálisis está en condiciones de intervenir en estos temas tan delicados? ¿Existen pensadores que hayan contribuido al análisis de estos fenómenos?

Fabrice Bourlez: Es difícil responder a tu pregunta porque exige diferentes niveles de reflexión y acción. Por un lado, como lo hemos dicho, y como lo han advertido las personas *queer*, el propio psicoanálisis ha sido con demasiada frecuencia un vector de homofobia y transfobia. ¿Acaso deberíamos, por ello tirar el bebé con el agua sucia en la que se bañó? Comprenderás perfectamente que no lo creo así. Por otro lado, hay psicoanalistas, psiquiatras y psicólogos que también han acogido a víctimas de la homofobia y la transfobia para ayudarles a superar ese dolor. También hay psi que se esfuerzan por mantener viva la práctica psicoanalítica y su ética a través de sus textos, sus cursos, sus conferencias y sus artículos. Estos psi sacan la metapsicología de sus carriles teóricos y abren la clínica a una acogida benévola de las diversidades de todo tipo. En el ámbito académico, están los trabajos de Laurie Laufer y Thamy Ayouch, que me parecen muy útiles para luchar a nivel teórico contra la homofobia y la transfobia. Creo que los trabajos de quienes están concernidos son también absolutamente fundamentales. Hubo un bello número de *Transgender Studies Quarterly* titulado “Transpsychoanalytics” que se ha esforzado por trabajar los conceptos psicoanalíticos a partir de cuestiones trans. También en este caso, la idea era que el aparatage conceptual del psicoanálisis podía utilizarse para ampliar los posibles en lugar de patologizar lo existente. Me gusta lo que propuso la psicoanalista Patricia Gherovici. Según ella, ha llegado el momento de que el propio psicoanálisis se “cambie de sexo”. ¿Qué significa esto si no es, más allá del *mea culpa* necesario para pasar a otra cosa que no sea la patologización de las identidades trans, intentar dejar de pensar en *La* diferencia de los sexos como único horizonte, intentar prescindir de las dicotomías para volverse a conectar con las multiplicidades de los cuerpos, del goce, de las pulsiones y de los deseos? También me parece decisivo en la lucha contra la homofobia y la transfobia que cada vez más practicantes del psicoanálisis sigan saliendo del *closet*. Es una primera etapa fundamental para que el silencio benévolo de la escucha flotante deje de confundirse una vez más con la norma heterosexual. En este sentido, aunque no esté escrito desde un punto

de vista psicoanalítico, me había interesado mucho el escrito de Cha Prieur acerca del último libro de Paul Preciado. Como persona trans, insistía en los trabajos existentes en el campo psi para salir de la gramática mayoritaria al tiempo que defendía la importancia de las terapias que no borran en ningún caso los compromisos militantes.

En el presente, ¿el psicoanálisis es capaz de decir algo sobre el odio hacia lo que es diferente? ¿El dispositivo freudiano es capaz de explicar mínimamente los mecanismos del miedo ante las diferencias, el horror que inspiran ciertos comportamientos en determinados sujetos? Muy ciertamente, sí. Las nociones de pulsión de muerte, ideal, narcisismo de las pequeñas diferencias, en los textos sobre la guerra o en *El malestar en la cultura* ya nos dan a leer una especie de desencanto freudiano frente a la marcha del mundo. Pero las explicaciones no justifican nada. En el mejor de los casos, nos dan fuerza para retomar la marcha. El psicoanálisis no cree en un mañana mejor ni en una ciudad feliz. A su vez, sus explicaciones, por muy pesimistas que sean, dan la fuerza para despertarse y llevar a cabo actos capaces de reconfigurar el horizonte subjetivo.

Para terminar, ¿qué vínculos tiene un psicoanálisis menor con la noción de infancia? ¿Qué lugar le da en su pensamiento?

Fabrice Bourlez: Es una pregunta muy pertinente. Tengo varios textos en mente para responderte. En primer lugar, el del teórico *queer* Lee Edelman¹², donde explica con rigor y precisión que “el futuro es cosa de niños”. Desde un punto de vista *queer*, rechaza el reproductivismo de las sociedades hetero en las que siempre se piensa en el futuro en función del niño por venir. Pone el ejemplo de las campañas políticas estadounidenses, en las que todo acaba girando en torno a “¿qué mundo les queremos dejar a nuestros hijos?”. Y Edelman muestra muy bien cómo “estos niños del mañana” son, casi siempre, niños provenientes de familias blancas, heterosexuales y burguesas, niños que se reproducirán según un deseo heterosexual y que harán que la sociedad de pasado mañana sea idéntica a la de hoy y a la de mañana. En definitiva, la figura del niño puede ser el caldo de cultivo de estereotipos de una pesadez incalculable. No solo no pensamos nunca en el niño afeminado, en la marimacho, en el niño nacido de la gestación subrogada, en el vástago de familias monoparentales u homoparentales, sino que cuando nos planteamos la cuestión del futuro en función de los niños, esto implica, según Edelman, que la familia sigue siendo el único lugar de referencia, la base para pensar la vida en sociedad, y esto reafirma siempre ya la heterosexualidad. Para él, lo *queer* vale como una especie de rechazo de este familiarismo, de este ideal reproductivo, y encarna el reverso de la inocencia del niño. El *queer* sigue siendo orgulloso de ser un perverso polimorfo incorregible.

Por otro lado, tengo en mente otro libro muy bueno, más reciente, que cuenta la historia de una familia *queer*. Estoy pensando en *Los Argonautas* de Maggie Nelson¹³. Básicamente, en comparación con la posición radical de Edelman, el libro ofrece una nueva mirada acerca de lo que significa formar una familia. Nelson y su compa trans crían a sus hijos con amor y, según explica Nelson, teniendo como referencia a Roland Barthes. Nelson, su compa y sus hijos cambian las piezas del barco familiar a medida que van viajando, hasta el punto en que la tripulación sigue navegando aunque ya no funciona ninguna de las partes originales del barco. El cuerpo, la pareja, el embarazo, la familia se

¹² Lee Edelman, *No al futuro*, Egales, Barcelona, 2014.

¹³ Maggie Nelson, *Los Argonautas*, Tres puntos ediciones, Madrid, 2018.

ven totalmente transformados gracias al trabajo de las palabras, de las tecnologías, de las referencias y de la cultura en las que nos sumerge la narración de esta teórica *queer*.

Lo que me parece estupendo es que, en este caso también, volvemos a la perspectiva psicoanalítica. Nelson titula su libro *Los Argonautas*, en homenaje a Barthes, quien, en su propio ensayo *Roland Barthes por Roland Barthes*, dice que los argonautas eran aquellos viajeros que, en su búsqueda del vellocino de oro, habían transformado su barco a lo largo de su periplo. En realidad, si revisamos la leyenda griega, nos damos cuenta de que ¡Barthes está cometiendo un lapsus! No es la barca de los argonautas la que se transforma a medida que avanza el viaje, sino la de Teseo cuando va a luchar contra el Minotauro. Que yo sepa, ¡no tiene nada que ver con la historia de los argonautas! No sé si Maggie Nelson se dio cuenta de este error de Barthes o si lo tomó tal cual para titular su libro. De lo que sí estoy seguro es de que la resignificación del lenguaje, las infinitas transformaciones familiares, los cambios sociales, la desaparición de las exclusiones y las inclusiones ganadas jamás impedirán que los sujetos humanos se equivoquen, que digan o escriban una palabra en lugar de otra, que hagan un gesto a pesar suyo, que tengan una reacción que los sobrepase. Y estas cosas *a priori* sin importancia seguirán abriendo perspectivas radicalmente nuevas sobre lo que creemos hacer y creemos ser. Así que, en estas situaciones, en lugar de encontrar un niño edipizado al que tratar o criar, lo que nos obligaría a quedarnos para siempre enquistados en el pasado, fijados en nuestra postura, nos encontramos, en cambio, como un niño que está conociendo el mundo y el lenguaje. El psicoanálisis está ahí para deshacernos del niño que hemos sido y conducirnos hacia algo distinto, hacia un devenir-niño, como dirían Deleuze y Guattari en referencia a Nietzsche, es decir, a un estado en el que uno olvida lo que creía saber sobre el mundo, sobre sí, en el que uno deja de creer con demasiada firmeza en lo que es y en el que uno vuelve a encontrar una auténtica libertad de creación, una libertad para jugar, una libertad para construirse que, esperémoslo, ¡resulte de lo más alegre!